

III. LA FUERZA DE LA PALABRA CREADORA DE
REALIDAD

1. El fluir del discurso y la palabra acuñada	174
2. La palabra como decisión	177
3. La palabra certera	179
4. La irreversibilidad de la palabra acuñada	182
5. La palabra liberadora	184
6. La palabra como arma	185
7. La palabra acuñada en cuanto forma disponible	187

I. EL FLUIR DEL DISCURSO Y LA PALABRA ACUÑADA

Hemos hablado del lenguaje en cuanto medio del que se sirve el que habla, vale decir, del lenguaje ya existente con su acervo verbal y su estructura gramatical que el que habla tiene a disposición para sus enunciaciones. En este sentido pudimos designar al lenguaje como "mundo intermedio" o bien como "envoltura" que rodea al hablante y que al mismo tiempo abre para él la realidad; simultáneamente pudimos caracterizar la "visión del mundo" contenida en esta o aquella lengua determinada. En este sentido, el lenguaje constituye un reino de posibilidades que están a disposición del nombre. Aun cuando hablamos del "cumplimiento" de la comprensión verbal gracias a una visualización concreta, se trataba de la concreción de un entendimiento ya contenido en el lenguaje. En pocas palabras: el lenguaje era un horizonte de comprensión en cuyo marco se develan las cosas. El "mundo" del lenguaje era un mundo de posibilidades. Ahora, en cambio, surge la pregunta respecto a cómo se construye dentro del lenguaje un dominio de la realidad. Aquí ya no se trata del habla en general, sino de la manera en que el hombre aprehende la realidad en la palabra, pronunciada aquí y ahora. Surge, pues, la pregunta acerca de la función de la palabra, ya no en el sentido del vocablo que se acepta porque existe, sino de la sentencia, de la palabra de definidos contornos que el hombre ha pronunciado en determinada ocasión.

No todo lo que se habla en la vida cotidiana es palabra en este sentido particularmente específico. En cierto modo

* Die Seitenzahlen des Erstdrucks sind beibehalten.

tal palabra constituye incluso una excepción; pues la mayor parte de lo que en el transcurso del día se habla, queda como empotrado en la marcha del diálogo, es discurso que no puede separarse de la conversación. Cumple con su función si el interlocutor le responde con su actitud o contestación. Debe ser entendida dentro de su propio sentido. Yerra en cambio su objetivo cuando alguien se aferra demasiado estrictamente a la formulación. Es así como una pregunta ha de ser captada y contestada de acuerdo con su sentido; no es importante cómo se formula la respuesta. Y así la conversación se realiza en el decir y responder sin que se preste atención a las palabras que se emplean. A menudo se sorprende uno a *posteriori* frente a un giro usado impensadamente y lo reitera, y con frecuencia ni el que habla sabe cómo se ha expresado, si lo interrogan al respecto. Aun el encargo o la orden han de ser comprendidos en su significado y únicamente cuando se trata de una ejecución exacta podrá tener sentido pedir una repetición de tal orden, y tampoco entonces será importante la palabra individual que se use. El lenguaje es en estos casos el medio obviamente utilizado cuando los hombres hablan entre ellos y, en tal sentido, por cierto lo consideramos en la primera parte del presente ensayo. Cuanto mejor se comprende el lenguaje, tanto menos llama la atención su forma. Este discreto 11=50 de la uai abra no es, empero, un defecto, sino la expresión de la obviedad con que uno se sirve del lenguaje dentro del cual se vive.

Este lenguaje usado únicamente para comunicarse puede asimismo degenerar luego, como ya dijimos, en mera charla. También el musitar y el charlar ejercen gran influencia, con su anonimidad en el seguir y seguir, con la presión constante sobre la opinión pública a la que nadie puede sustraerse fácilmente. La chachara que continúa y continúa hasta el infinito y en la cual nada se vuelve realmente asible, es de tal índole, que si posteriormente se interroga al hombre que la ha oído sólo podrá indicar de modo aproximado de qué se trataba, pero no podrá repetir nada claro o definido Sólo se podrá señalar, pon-

gamos por caso, en la situación de un testigo, que cierta palabra pudo haberse usado, pero uno no podrá asegurarlo con firmeza. También aquello de lo que trata semejante habladería o chachara es realidad, pero lo es en el sentido en que también es realidad lo informe, lo primario, el caos.

Desde este punto de vista la palabra tal como aquí la pensamos es por cierto una excepción, en la medida en que se destaca dentro del indiferenciado fluir del habla en general como una figura idiomática definida, claramente acuñada. La palabra, en este sentido específico, surge cuando el lenguaje ya no se encuentra obviamente a disposición de uno y la palabra debe ser, por lo tanto, cautelosamente escogida o bien trabajosamente conquistada en una lucha con las dificultades ante lo difícil de expresar. Forman parte de este contexto el juicio que un hombre pronuncia en una situación difícil, ponderando el pro y el contra; también la palabra poética, mediante la cual algo oscuramente sentido logra una expresión feliz. Puede cumplir esta función asimismo una palabra dicha impensadamente, por ejemplo, una expresión ofensiva, cuando es acogida y retenida aun contrariamente a la voluntad del que habla. A raíz de una palabra pronunciada en este sentido peculiar, ya se trate de una feliz ocurrencia del hombre o de algo hallado con un esfuerzo consciente, se ha detenido el fluir del discurso. Por eso también tales palabras pueden ser conservadas en la memoria, para ser repetidas más tarde "literalmente", a diferencia de lo que sucede con la chachara. A continuación consideraremos todavía más detenidamente de qué modo se logra mediante la palabra esta elevación por encima de la corriente del discurso. Y en el momento apropiado investigaremos su efectividad, que se manifiesta de manera muy diferente de la que ejerce la presión subterránea de la habladería, vale decir que se manifiesta con claridad, agudeza y definición. Es la "visión diurna" del lenguaje frente a su oscura "visión nocturna".

2. LA PALABRA COMO DECISIÓN

Trataré de ilustrar esta problemática mediante un ejemplo extremadamente simple: ya no se trata aquí, como en las reflexiones anteriores, de definir qué significa la palabra *rosa* sobre la base de un *espécimen* concretamente presentado, sino de discernir si determinada planta que tengo ante mis ojos es realmente una rosa. Esto puede no ofrecer problema alguno en un caso tan simple. Pero la cosa adquiere mayor interés si pregunto de qué clase de rosa se trata. En el caso de plantas desconocidas, encontradas por azar, se puede preguntar ciertamente si es posible esperar la aparición de una u otra familia de dicha planta o si se trata de otra subespecie de una familia conocida, pero que no podía esperarse en ese lugar. El conocedor entonces decidirá si es realmente esa especie cuya aparición en este lugar se desconocía hasta el momento.¹

Esto ocurre en todos los casos en que la realidad se presenta a primera vista como susceptible de múltiples interpretaciones, y que sólo logra su definición en razón de la palabra pronunciada. Es lo que ocurre cuando un médico hace su diagnóstico: esto es escarlatina (aun cuando quizás se trate de un "caso" atípico y difícil de reconocer) o cuando el juez decide: este disparo mortal se ha producido como emergencia en la defensa propia. Se trata siempre de que una situación hasta entonces vaga y nebulosa alcance su definición mediante la pala-

¹ Como ilustración recúrrase, por ejemplo, a H. Kunz, *Toftel-dia pusilla* (MICHAUX) PERSON, subesp. nov. austriaca KUNZ, una nueva familia de la flora de los Alpes Orientales. "PHYTON", vol. 9, fase. 1 et 2 (31-XII-1960) ; *idem*: observaciones sobre algunas familias de *Rhinanthus* — *Bemerkungen zu einigen Rhinanthus-Sippen*. "PHYTON", vol. 8 fase. 3 et 4 (18-X-1959) ; *idem*: *Kleine kritische Beiträge zur Flora von Basel und Umgebung*. "Bauhinia, Zeitschrift der Basler Botanischen Gesellschaft", vol 1, entrega 3, 1960, págs. 163 y sigs.; vol. 2, entrega 2, 1963, págs. 117 y sigs.

bra pronunciada. Las maneras en que esto se lleva a cabo en cada caso particular difieren mucho. En el caso de la determinación de la especie vegetal se trata de definir a ésta correctamente. La especie propiamente dicha ya se conocía antes. Pero también hay que considerar la importancia que la definición puede asumir en la vida del hombre a quien afecta. En algún caso se tratará de un hallazgo insignificante, y el hombre en cuestión pondrá a un lado esa planta sin prestarle mayor atención; en otro caso, en cambio, se trata del descubrimiento de un nuevo lugar, por el cual el hallazgo de la planta adquiere inmediata importancia. Cosa parecida sucede con el diagnóstico del médico. También éste debe ser correcto, aunque ello no influya sobre la enfermedad misma. Con todo, la comprobación en el caso de enfermedad adquiere inmediatamente una importancia decisiva. Hasta ese momento se había tanteado en lo incierto, en la oscuridad; ahora en cambio se sabe a qué atenerse, puede uno adecuarse a la situación y disponer las medidas correspondientes. Toda la situación cobra así otro aspecto.

Mayor todavía es la diferencia en el caso de la sentencia del juez. Ahí no se presenta una realidad que requiera un correcto reconocimiento, sino que la realidad se enfoca bajo determinada luz en virtud del juicio, que sirve para interpretarla y comprenderla: sólo cobra su clara definición con el pronunciamiento de la palabra juzgadora. Esto es extensible en un sentido general, pues rige asimismo en toda situación incierta e indefinida que llega a una decisión a través de la palabra. Ésta no tiene por qué ser una palabra aislada en el sentido de un nombre, como ocurre en los primeros ejemplos, en los cuales un fenómeno problemático requiere una correcta designación. Puede tratarse también de una frase entera o de todo un discurso, siempre que lo que se siente como vago llegue a una formulación precisa.

3. LA PALABRA CERTERA

En los casos que acabamos de analizar lo que el lenguaje expresa tiende de modo acentuado a la conformación de la realidad, que en este sentido es generada sólo por el lenguaje. El lenguaje crea realidad con la palabra pronunciada. Es creador en la pronunciación en sí. Desde luego, el lenguaje no crea arbitrariamente, partiendo de la nada, sino que se ve obligado a cumplir con determinadas condiciones. Su formulación, como se dice, ha de ser "acertada". Esto implica más que el hallazgo de la palabra correcta, que como tal ya se hallaría a disposición y a la cual sólo falta escoger, por así decirlo, extrayéndola correctamente de en medio de un conjunto. Se trata de una realización creadora, pero ésta ha de ser certera. Aun una observación arrojada al azar en medio de una disputa tiene que ser certera para tener efecto, vale decir que debe chocar con algo que realmente existe y se mantiene firme frente a la pretensión de la palabra. Una situación en que una palabra inhábil puede errar su objetivo —las palabras también pueden perderse en el vacío— queda fijada mediante la palabra que corresponde y se torna visible en su naturaleza propia.

En ocasiones se ha comparado la palabra con una flecha o con una lanza que el que habla arroja como un cazador para derribar su presa. Y en el fondo esta representación un tanto violenta forma en general el fundamento de la imagen de la palabra certera. Con ello queda "certeramente" y con agudeza designado uno de los aspectos de la palabra pronunciada (para aplicar en este caso la misma metáfora). Pero sentimos al mismo tiempo el exceso de agudeza, aquello que distingue a la palabra certera de la flecha que da en el blanco: la palabra no cobra una presa preexistente, sino que convierte, si así podemos decirlo, a un animal fugaz e indefinido en un venado susceptible de que se lo cace. La palabra certera hace que resulte asible, aprehensible, lo que hasta ese

momento se sustraía a la aprehensión gracias a su indefinición.

Resulta sumamente difícil describir con precisión este proceso. La palabra no sólo acierta en dar con una realidad existente, sino que, al acertar, produce al mismo tiempo en cierto modo esa realidad. Es como una resonancia entre palabra y cosa. La palabra sólo acierta respecto a la cosa en la medida en que concibe a ésta de un modo determinado. Sin embargo, se expresa demasiado poco si se dice que con la palabra se da forma a la realidad informe, que por lo tanto la palabra añade una interpretación, puesto que tan sólo mediante la certera interpretación cobra ella plena realidad. Hasta ese momento tampoco había existido verdaderamente.

En el contexto anterior nos ocupamos de nombres que tienen las cosas. Ahora se trata de poner mayor énfasis en llamar a las cosas por su nombre. Podemos dejar de lado a este respecto la consideración sobre cuál era la importancia, dentro de la imagen mágica del mundo, del conocimiento del nombre. Éste ejercía su poder sobre la persona en cuestión (recuérdense ciertos cuentos de hadas).² Pero también en nuestro mundo sigue sucediendo algo comparable con aquello. Mediante el nombre nos apoderamos de la cosa. Invocamos la correspondiente realidad. De acuerdo con un giro difundido, se dice que "hay que llamar a la criatura por su nombre". Esto significa que se rompen los límites de la esfera del ocultamiento y de los cautelosos rodeos verbales y se dice con toda claridad lo que se habría preferido dejar en el terreno de lo no comprometido. Este proceso tiene a menudo un efecto liberador, y en todos los casos logra una agudización de la situación. Ya no se puede rondar en torno a la cosa, ahora ésta se ve clara e inequívoca y exige que el hombre adopte una actitud igualmente inequívoca frente a ella. Lo que ha sido llamado por su nombre se destaca como algo definido, que sale del vago ámbito de las posibilidades y ya no puede disolverse en una indefinida ne-

² Cf. *Die Macht des Worts*, *op. cit.*, pág. 31.

bulosa de la cual surgió como fenómeno precedero. Se ha convertido en una firme realidad.

También se habla de una acertada comparación. En tal caso se trata de percibir algo desde un nuevo ángulo y destacarlo con nueva agudeza, gracias a una semejanza, a una asociación recién establecida. Advertir tales semejanzas constituye también una realización creadora del lenguaje. Ellas no son evidentes. Cuando realmente dan en el blanco ya no es posible sustraerse a su influjo. Uno se ve entonces forzado a ver las cosas en la perspectiva sugerida por la comparación.

Jaspers destaca con gran precisión esta fuerza creadora del lenguaje de realidad cuando dice: "Únicamente aquello que el lenguaje conquista existe de verdad, se da a conocer, cobra claridad y por lo tanto movimiento".³ "Únicamente aquello a lo que se dirige la palabra y que es expresado mediante la palabra se eleva sobre la corriente onírica del acontecer... Es una obra de encantamiento: la cosa a la que uno se dirige pronunciando su nombre está súbitamente ahí. Aquello que es y sucede en forma innominada se pierde en lo crepuscular de lo ilimitado".⁴

De modo parecido al que más arriba hemos expuesto a propósito de la visión del mundo del lenguaje, también en este caso se presentan diferentes maneras de acertar con el objeto, vale decir, diferentes posibilidades de aprehenderlo en su significación idiomática. Y a este respecto la palabra certera equivale siempre a una decisión destinada a elegir una posibilidad entre varias. En cierto modo la palabra fijadora es comparable a la caricatura, que también acierta en la representación de su objeto mediante eliminaciones y exageraciones, sobre todo cuando se trata de la representación de una persona humana, y que acierta en este sentido, logrando una representación en la que el rasgo característico se torna mucho más visible de lo que lo hubiera sido en cualquier representación pura, fiel a la realidad del retratado.

³ K. Jaspers, *Die Sprache*. Munich, 1962, pág. 33.

⁴ K. Jaspers, *op. cit.*, pág. 35.

4. LA IRREVERSIBILIDAD DE LA PALABRA ACUÑADA

El proceso de acuñación idiomática se distingue en general por una curiosa irreversibilidad. Lo que una vez se ha expresado, pronunciado, queda ahí y no puede ser retrospectivamente anulado. Ejerce así un extraño poder. Ya no puede verse la cosa con otros ojos que los que ha dado esta acuñación. Es imposible sustraerse a su fascinación. El nombre, una vez dado a la cosa, queda firmemente adherido a ella, acuña también la manera en que se considera lo denominado de un modo u otro. Así como dentro de la imagen mágica del mundo el encantamiento sólo puede ser relevado por otro encantamiento más poderoso, del mismo modo el poder de una acuñación lingüística no puede disolverse sin más: sólo es posible anularla mediante otra designación nueva, más acertada, vale decir, más efectiva. Es el poder que ejerce en general lo formado sobre lo informe. El camino va únicamente desde lo informe hacia la forma, y no se revierte.

Se advierte la peligrosidad de la palabra una vez pronunciada y la gran responsabilidad que asume el que la pronuncia. Retomemos una vez más los ejemplos anteriores: el diagnóstico pronunciado por el médico puede ser un diagnóstico errado. Esto no sólo implicaría un tratamiento falso, sino que todo el comportamiento del enfermo y de su medio ambiente tomaría con ello un rumbo fatal, sobre todo cuando se pronuncia al respecto el nombre de una enfermedad grave y temible. Asimismo la sentencia del juez puede constituir un error judicial. También en este caso se ha creado una realidad mediante la palabra solemnemente pronunciada de una manera que nunca podrá remediarse. Ya no es posible un retorno a la situación inicial, como lo era antes de sufrir ese influjo; lo único que queda será una corrección muy forzada.

Pero no hace falta que sea el veredicto pronunciado por un juez con la fuerza de la ley. Es una condición que

tiene validez con respecto a toda palabra pronunciada. "Algo sobre lo cual no se habla, no ha sucedido del todo. Únicamente la palabra da realidad a las cosas",⁵ dice en cierta ocasión Oscar Wilde en su punzante estilo. De ahí el efecto jamás anulable de una ofensa una vez pronunciada o de una sospecha una vez expresada. El efecto desafortunado de una palabra dicha irreflexivamente no puede ser suprimido. Muy acertadamente lo expresa Rilke: "En general hay que tener tanto cuidado con los nombres; es a menudo el nombre de un crimen lo que provoca el quebranto de una vida y no el acto personal e innominado en sí mismo".⁶ En forma análoga lo manifiesta Morgan: "Los actos son fluidos, no comprometen, pero las palabras son prisiones".⁷

Un recuerdo de mi temprana escolaridad demuestra con cuánto cuidado debe proceder precisamente el educador cuando tiene que habérselas con la aplicación de un nombre. El maestro había dicho refiriéndose a un discípulo, luego de una discusión con el vecino de banco, que era un "ladrón de lapiceras". No interesa qué puede haber sucedido luego. En todo caso, debido a esta palabra, el suceso, relativamente inocente sin duda, adquirió una gravedad excesiva. El alumno en cuestión quedó marcado, quedó diferenciado en el círculo de los discípulos por la acción de esta palabra que obraba como si fijase un tabú. Él ya era alguien especial en un sentido siniestro y nadie se atrevía a acercársele. Esto sin duda no guardaba relación alguna con el motivo dado e ilustra para el educador con toda claridad la conciencia de responsabilidad que ha de prevalecer en el uso de la palabra.

⁵ O. Wilde, citado por Presser, *op. cit.*, pág. 12.

⁶ R. M. Rilke, *Briefe*, vol 1, 1897-1914. Wiesbaden, 1950, pág. 103.

⁷ Ch. Morgan, *Das leere Zimmer*, trad. por H. E. Herlitschka. Kindler-Taschenbücher. Munich, 1963, pág. 106.

5. LA PALABRA LIBERADORA

Pero por otra parte también existe la palabra redentora y liberadora, pronunciada en una atmósfera tensa. También ahí se manifiesta el poder de la palabra en la clarificación de la situación. Sólo que en este caso el efecto no es la agudización, sino el ablandamiento. Allí donde reinaba una situación opresiva, que parecía no tener solución y resultaba desesperante, de pronto, gracias a la clarificación por la palabra, apareció una solución que hasta ese momento no se había advertido. O bien donde una rencorosa hostilidad amenazaba con su empecinamiento y cada una de las partes temía un perjuicio si en algo transigía, una palabra conciliadora pudo distender en seguida la situación. Es cierto que pronunciar esa primera palabra requiere valor. Hasta una palabra concebida como broma puede ayudar a salir de una tensión acumulada y actuar en forma liberadora donde los antagonismos se habían vuelto artificialmente rígidos, sin que los afectados supieran encontrar por sí mismos una salida de esta rigidez.

Asimismo la palabra puede actuar de manera liberadora aun en un contexto objetivo, cuando una aspiración poco definible, oscuramente sentida durante un largo período, adquiere clara conciencia gracias a una palabra felizmente encontrada y sólo a consecuencia de ello puede realizarse plenamente. En este sentido habló Goethe en cierta ocasión de un "importante estímulo debido a una sola palabra ingeniosa".⁸ Se refería al hecho de que la feliz formulación de Heinroth —en este caso la observación de que "la capacidad pensante de Goethe es obje-tal"— había arrojado una luz tan clara sobre su propio procedimiento que le hacía ver las cosas en un estado de conciencia que nunca había sentido antes. Un solo ejemplo más, muy significativo en cuanto a este poder de la

⁸ Goethe, *op. cit.*, vol. 16, pág. 879.

palabra, procede de la más reciente evolución de la pedagogía: cuando Wagenschein designó aquello que había practicado durante décadas con la incendiaria palabra "lo ejemplarizante", cambió de golpe toda la situación.⁹ Gracias al poder persuasivo de esta palabra se impuso de pronto aquello por cuyo reconocimiento había luchado en vano durante años, pues demostró ser una noción clave dentro de la cual pudo cristalizarse una situación largamente preparada; por cierto también se trataba de una violación, mediante la cual, muy en contra de la voluntad de su autor, se simplificaba con un artificio una situación mucho más compleja. Y es significativo el hecho de que el propio Wagenschein se manifieste últimamente, recurriendo a la noción de proceso genético, en contra del uso en exceso esquemático de lo ejemplarizante.¹⁰

6. LA PALABRA COMO ARMA

Sin embargo, existe también la posibilidad peligrosa de la palabra que inflama e instiga y que, sobre todo en situaciones revolucionarias, arrastra a las masas populares a cometer hechos irreflexivos. Esto se produce al pasar esta palabra de boca en boca hasta que, henchida como grito de guerra, provoca la descarga de los afectos encendidos, colocando ante ellos objetivos tentadores. Así actuó durante la Revolución Francesa el grito de "A la lanterne!"

De este modo las palabras pueden convertirse en armas de las que el hombre se sirve en la lucha con su adversario. Y en este caso adquiere un nuevo significado lo que expresamos acerca de la palabra certera. De este modo existe el diálogo de la pelea, el duelo hablado. Ya

⁹ Cf. al respecto mi recensión: M. Wagenschein, *Die pädagogische Dimension der Physik*. Braunschweig, 1962; *idem: Exemplarisches Lehren im Mathematikunterricht*. Stuttgart, 1962, "Zeitschrift für Pädagogik", año 9, 1963, págs. 456 y sigs.

¹⁰ M. Wagenschein, *Zum Problem des genetischen Lehrens*. "Zeitschrift für Pädagogik", año 12, 1966, 3^a entrega.

nos hemos referido al carácter agonal de la discusión en cuyo curso las respectivas posiciones se atacan y se defienden en mutuo combate. Las facultades que necesariamente deben desarrollarse en este sentido son la presencia de espíritu para parar el golpe adversario y a su vez avanzar en el acto cuando el adversario se muestra vulnerable, y resulta significativo para esta forma del encuentro verbal el que para su denominación se impongan analogías procedentes del ámbito bélico y de la lucha armada. Aparte de las formas caballerescas de una discusión en la que en última instancia se defiende una causa, la palabra puede ser empleada también en sentido maligno y como ataque a otra persona. Las palabras pueden dar en el blanco hiriendo al adversario y también éstos son giros que proceden del contexto bélico. Aquí ni siquiera se tiene en cuenta la ofensa o la sospecha, de la que siempre, aun cuando sea injusta, algo queda "pegado", sino la palabra con su poder de revelar y hacer visible una realidad. La palabra, con su unilateralidad y su exageración basada en esa unilateralidad, destaca con toda agudeza las debilidades del adversario, las hace visibles ante el mundo, y hace que el afectado sea así vulnerable. Una de las posibilidades más peligrosas, y a menudo aprovechada deshonestamente, que encierra la palabra, es entregar al afectado a lo ridículo, destruyéndose su inflada pretensión, mostrando a la opinión pública su vacuidad. Pero ante todo las palabras son capaces de herir a quien se dirigen, mostrándole por así decirlo un espejo en el cual él mismo llega a ver su debilidad, su vacuidad, su ridiculez.

A tales palabras empleadas como armas parece haberse referido Hugo von Hofmannsthal en un dístico: "Muchas palabras hay que aciertan como garrotes", pero luego da que pensar la frase que continúa: "pero muchas / las tragas como anzuelos y sigues nadando y todavía no lo sabes".¹¹ Se trata de aquellas que inadvertidamente se apoderan del modo de pensar y cuyas consecuencias sólo después percibe el hombre.

¹¹ H. v. Hofmannsthal, *Gedichte und lyrische Dramen*. Esto colmo, 1946, pág. 103.

7. LA PALABRA ACUÑADA EN CUANTO FORMA DISPONIBLE

Hasta ahora tratamos a la palabra como pronunciada concretamente en una situación única e investigamos cómo interviene en la realidad en cuanto palabra, cómo transforma y configura la realidad y cómo no sólo hace visible la realidad, sino que en el mismo proceso produce realidad. Resumiendo: la palabra en cuanto poder creador. Aunque en cierto modo ya es también realidad lo caótico e inasible, se trata de una realidad eternamente fluida, nunca aprehensible y siempre escurridiza. Sólo en virtud del pronunciamiento de la palabra decisiva adquiere una forma, se torna asible, de modo que el hombre se topa entonces con algo que se le resiste y que a su vez puede servirle de sostén. Sólo esto es realidad propiamente dicha, y sólo se genera en el lenguaje.

Sin embargo, la palabra que entonces se separa de la corriente del discurso mediante una exitosa acuñación adquiere precisamente por eso, y en seguida, una segunda función. La palabra, una vez llevada en una determinada situación a su expresión concisa, conserva su eficacia más allá de esta situación, convirtiéndose en un recurso del que ahora se dispone para captar también ulteriormente ciertas situaciones análogas. Aquí actúa la profunda ambigüedad de la palabra "forma": lo que se ha ■ arrancado a lo indefinido convirtiéndose en forma, forma en el sentido de configuración precisa, viene a ser al mismo tiempo forma en el sentido de forma hueca, de molde, capaz de apresar también situaciones venideras. La palabra acuñada, en cuanto exitosa formulación, adquiere con ello una función que en un plano más elevado repite aquello que habíamos elaborado al considerar el lenguaje como visión del mundo, apreciado en la palabra individual en cuanto vocablo: se convierte en una forma, molde disponible en el cual se vierte nuestra experiencia y que a la vez adquiere poder sobre nuestra experiencia al obligarla a tomar *a priori* ciertos rumbos.

Lo que quedó ilustrado una vez más con el ejemplo de una sola palabra rige en general con referencia a toda formulación idiomática concisa, a toda palabra o sentencia pronunciada con el significado que aquí analizamos. Ya se trate de un *slogan* o de una frase publicitaria, de un proverbio o un modo de decir, de una consigna electoral o, en un plano superior, de poesía: en todos los casos se manifiesta como poder que domina la "vida" con su fascinación. Nosotros vivimos, querámoslo o no, inmersos en estas formas transmitidas por el acervo idiomático. Mediante una significativa traslación nocional podemos designar a tales formas como categorías. No hemos de limitar esta noción a las últimas formas nocionales fijas y abstractas. Ya en su sentido lingüístico griego primitivo, categoría es aquello con referencia a lo cual me dirijo a algo usando la palabra (en primer término, más concretamente aún: el crimen del que inculpo a alguien en la acusación). Una larga tradición nos ha acostumbrado a restringir esta noción y a aplicarla a nociones muy generales. Pero, en rigor, toda noción general mediante la que logro asir algo aislado, es una categoría. Pero puesto que tales nociones nos están dadas concretamente, y sólo en su forma de lenguaje, toda palabra del lenguaje es una categoría mediante la cual logro asir una realidad. Y así también hemos de trasladar la noción de categoría más allá de los vocablos individuales, a las palabras tal como las acabamos de considerar. Toda forma lingüística feliz mediante la cual he configurado una realidad se convierte en categoría con el fin de abarcar nuevas realidades. De este modo la noción de categoría se amplía hasta alcanzar las grandes formas de la poesía: cada una se convierte en una forma, en un molde en el que penetra nuestra vida para adquirir su forma. Al pensarlo así, tenemos que renunciar desde luego a la permanencia intemporal de las categorías —digamos en el sentido kantiano—, para considerarlas como partes de un sistema históricamente creciente, que se enriquece con cada nueva realización idiomática. Con ello, una consideración lingüístico-filosófica semejante demuestra ser una legítima y necesaria ampliación de la problemática filosófico-trascendental fundada por Kant, y sólo dentro de este marco puede ser adecuadamente fundamentada. El modo en que se manifiesta el poder de la palabra dentro de estas diversas formas de la palabra concisamente acuñada, desde la mistificadora consigna hasta la poesía que descubre nuevas profundidades de la vida, abre un vasto campo de investigaciones, que aquí sólo puede señalarse como perspectiva.¹¹¹

¹² Cf. Bollnow, *Die Macht des Worts*, *op. cit.*, págs. 28 y sigs.